

Publicat el 9-10-2004 a "Levante - EMV".

La metrópolis de l'Horta

Carles Dolç *

La comarca cuadra geográfica, sociológica y funcionalmente bien con la mayoría de las realidades territoriales de nuestro País Valenciano, razones por las que hay gente que venimos defendiendo su institucionalización desde hace décadas. Sin embargo, en las áreas metropolitanas, donde se ha producido la conurbación, esto es la colisión edificada entre municipios, en que los tejidos económicos y sociales son más diversos y la amalgama de problemas es mayor, la entidad comarcal se quedaría débil. L'Horta es una comarca, sí, pero hoy sobre todo es una metrópolis. La continuidad y dispersión de sus zonas edificadas, la complejidad de su sistema de comunicaciones, su densidad demográfica, incluso la actual variedad de sus geografías, apuntan inequívocamente en ese sentido e incluso nos obligaría a revisar, posiblemente para ampliarlos, sus límites históricos. En todo caso nos indican la urgencia de coordinación, planificación y reconocimiento entre sus municipios, una historia que cuenta ya con algunos episodios fallidos causados por miopías políticas. Ya en los veinte alguien escribió que "Valencia se ha de orientar pensando no como ciudad sino como metrópolis..." (lo cita Juan Blat en su libro "Vivienda obrera y crecimiento urbano"). Llama también la atención que el Plan General de 1943, con todos sus defectos y unas pocas virtudes, abarcara "Valencia y su cintura". Ciertamente después ha habido un Consell Metropolità de l'Horta y unas Normas de Coordinación Metropolitana, el primero aniquilado y las segundas olvidadas en un ejercicio de perspicacia y perspectiva. Lo que sí está claro es que la comarca ha tenido un crecimiento exponencial y lo que se vislumbraba hace ochenta años se concreta hoy en una acumulación de problemáticas. Sin embargo, la gestión de la comarca es un entramado, a veces ridículo, de reinos de taifas que se tocan, se molestan y, como mínimo, se descoordinan. Cuando, por ejemplo, a principios de este año Rita Barberá dice que hacen falta 9000 viviendas de protección oficial en su municipio y que, en consecuencia, hay que ocupar más huerta, cabe preguntarse por qué necesariamente habría que construirlas en su término. Existen incluso algunos episodios tragicómicos, como el de la localización del velódromo, que el Ayuntamiento de Valencia no podía concebir que fuese a parar a un término distinto del suyo. La realidad es que hoy por hoy la metrópolis es sobre todo una red de carreteras cada vez más tupida. Las infraestructuras, más mal que bien, protagonizan la comarca, convertida en una unilateral secuencia de flujos, mientras se niega cualquier protagonismo al medio natural, se descuartizan sus geografías, y los equipamientos municipales a veces se duplican innecesariamente. Decir que L'Horta es una metrópolis tampoco es gran cosa, en el continente existen

muchas áreas análogas, por otro lado bastante bien estudiadas. La cuestión más determinante es la singularidad de cada metrópolis, como la de cada ciudad, que debe llevar a orientaciones de desarrollo precisas y diversas. No reconocer esa realidad supramunicipal lleva a malgastar esfuerzos, a ridículas descoordinaciones urbanísticas y a socavar sus propios valores, uno de los cuales, en nuestro caso, es la propia huerta. Edificar en extensión hasta alcanzar la cornisa topográfica que separa el secano del regadío parece haberse convertido en el objetivo de la construcción en la comarca de L'Horta, lo que supondría eliminar uno de los activos medioambientales que caracterizan a esta metrópolis. Como cada municipio ataca por su parte, y todos a una, utilizándose argumentos de escasez de suelo, en una merienda opípara, va poco a poco desapareciendo la huerta. Va desapareciendo el activo medioambiental y agrario que podríamos modernizar la comarca metropolitana si se utilizase para potenciar la calidad de su geografía urbana. Porque si existiese un punto de vista de planificación metropolitana, la huerta que da continuidad al territorio de sus distintos municipios debería ser mantenida en beneficio de sus habitantes y el crecimiento construido que se justificara llevarlo hacia otros espacios de la comarca, sin que debiera importar demasiado en cual municipio. Las importantes zonas e intersticios de huerta que todavía existen entre los núcleos edificados permitirían reconocer un sistema de parques agrarios productivos, que no son sino los actuales campos en cultivo y que podrían incluir en algún caso la variante de huertos de ocio, así como favorecer la implantación de masas forestales tal y como existieron en otras épocas, y la creación de jardines concebidos como equipamientos públicos intermunicipales. Claro que esto exige el acuerdo entre municipios: la institucionalización de la comarca metropolitana y la planificación urbanística metropolitana. Ello permitiría también afrontar con criterios debatidos y consensuados entre ayuntamientos la implantación de nuevas infraestructuras supramunicipales, a menudo decididas sin conocimiento, a larga distancia, que descoyuntan el territorio y se traducen casi siempre en nuevos atentados ambientales. Reconocer la comarca metropolitana parece una condición necesaria para abordar la cuestión de la huerta, pero esa sería solo una de las ventajas. Podríamos hablar de bastantes más. ¿Hay perspectiva y voluntad en los gobiernos municipales?

* Arquitecte-Urbanista

Fitxer baixat de <http://www.terracritica.org>